

tuian en nobles. Por esta causa, los oficiales gozaban de los honores y prerogativas de la nobleza, formando un cuerpo separado, y sin más relaciones con el de sargentos y cabos que las indispensables del servicio militar. En los ejércitos europeos subsiste todavía igual estado de cosas, por lo que respecta á la separacion absoluta de los dos cuerpos de oficiales y gefes de la clase de tropa, si bien en grados diferentes; conservándose tambien hasta en las naciones donde la organizacion social que la originó ha desaparecido.

Si solo parte de los gefes militares están interesados en el mantenimiento del orden político y social; es indispensable que esta parte la constituyan los principales; de modo, que los ejércitos europeos de nuestra época, por ejemplo, habrán de constituirlos los oficiales.

No estando los gefes militares interesados mas que en el mantenimiento de las instituciones civiles seria de temer no prestasen al monarca todo el apoyo que pudiera desear contra los movimientos cuyo objeto fuese una revolucion en el orden político; y no estando interesados mas que en el mantenimiento del orden político, podrian muy bien convertirse en un instrumento demasiado dócil, que en manos del monarca pudiera oprimir los ciudadanos y trastornar ó alterar las instituciones civiles.

Los gefes militares se interesarán en la conservacion de las instituciones civiles, siempre que pertenezcan á familias cuyo rango social sea elevado, mientras el grado militar que ocupen los coloque tambien en la sociedad á bastante altura, y mientras goce de consideraciones la carrera militar.

Se interesarán en la conservacion de las instituciones políticas, cuando sus familias pertenezcan á un rango privilegiado ó gocen de ciertos derechos políticos; cuando los servicios militares den estos mismos derechos; cuando puedan vender sus empleos, como en Inglaterra, á causa de que en tal caso los consideran como un capital de su pertenencia y en razon de que defendiendo al Estado que garantiza su propiedad, defienden su mismo patrimonio, cuando los servicios militares dan derecho á obtener destinos en la carrera civil, como en Prusia y Rusia; cuando existe una condecoracion destinada únicamente á premiar los servicios militares; y finalmente, cuando el servir proporciona medios bastantes para vivir sin escasez y dá la certidumbre de poseer, al cabo de cierto número de años, una pension ó retiro que asegura el porvenir.

En los estados puramente despóticos, como la única ley es la voluntad del monarca, y no existe

el orden social sino como un hecho, hay la posibilidad de permanecer en continua opresion por parte de los agentes del déspota. Las naciones regidas de este modo, no deben pensar en enlazar las instituciones militares con las civiles y políticas, que no existen, sino en consolidar y asegurar la adhesion del ejército hácia el príncipe; de consiguiente es necesario que los gefes militares pertenezcan á familias del rango social mas bajo, ó sean si no estrangeros y que de todos modos ocupen en el Estado la posicion mas distinguida. Así tendrán un interés mucho mayor en la conservacion del déspota y del despotismo. Pero tal situacion solo puede ser transitoria, porque los descendientes de los militares formarán necesariamente una especie de aristocracia, quedando regida la nacion por un despotismo aristocrático, en el cual el déspota posea *de derecho* el poder absoluto, pero que en realidad esté semejante poder, dividido ó moderado por el *hecho* de la aristocracia.

Quando un gobierno teme que los empleos de los gefes militares los ocupen hombres de consideracion en la sociedad, se podrá asegurar desde luego que semejante gobierno es hostil á la sociedad que rige, que es absurdo y se dirige á su propia ruina.

En todos los ejércitos permanentes, los gefes militares tienen ciertas consideraciones y la seguridad de adquirir pensiones de retiro que les proporcionan una suerte mas ó menos feliz: cuando los sueldos ó las pensiones de retiro constituyen el único ó el principal de sus medios de subsistencia, el interés de conservarlo los une en épocas comunes, todo cuanto se necesita al mantenimiento del orden político; pero en épocas de revoluciones, esto solo no presta suficientes garantías. Con efecto, hallándose enlazados los medios de subsistir en estos gefes con la conservacion de sus empleos, defienden con ardor al monarca, mientras su poder se halla constituido de un modo estable; pero á medida que disminuye, su ardor disminuye tambien, adoptando al instante el nuevo orden político y ofreciendo sus servicios al monarca nuevo, desde el momento en que cae el antiguo. No sucede esto cuando la suerte de los principales gefes militares, de los oficiales por ejemplo, en los ejércitos europeos, está enlazada de tal modo á la conservacion del orden político, que su cambio les produzca indispensablemente la pérdida de sus empleos.

Tambien, en el caso primero, los ambiciosos que hacen las revoluciones, prometen á los gefes militares, para ganarlos, la confirmacion y hasta el aumen-

to en las ventajas de que gozan; promesa que generalmente pueden cumplir cuando se apoderan del mando, caso de que las ventajas mencionadas consistan solo en sueldos ó pensiones de retiro, mientras que siendo de naturaleza distinta podrán muy raras veces cumplir lo que prometieron.

En el segundo caso escitan á los gefes militares de una graduacion inferior contra sus superiores por medio del incentivo de un ascenso revolucionario; y se concibe perfectamente que aquellos que aspiren á un ascenso de tal naturaleza, solo pensarán por lo pronto en poseer los grados que desean, sin que los detenga para nada la idea de lo que podrá ganar ó perder el cuerpo de gefes militares en la revolucion proyectada.

Algunas veces la falta de armonia entre las instituciones militares y las políticas y civiles ha originado las revoluciones; pero generalmente esta falta de armonia ha sido por el contrario consecuencia de las últimas; sucediendo en casos de esta especie que muy raras veces los que tienen las riendas del gobierno se ocupen ó puedan restablecer dicha armonia: hé aquí una de las causas principales que perpetúan las revoluciones.

Suele tambien suceder no pocas veces que durante una revolucion ó á consecuencia de ella dejan de hallarse en armonia las instituciones políticas y las civiles, y hasta se oponen las unas á las otras.

Ya se puede comprender que en semejantes circunstancias los que tengan en sus manos las riendas del gobierno se hallarán interesados en que el ejército se organice de un modo absolutamente igual al que debe existir en los estados despóticos: es cierto que un ejército de esta clase se desentiende de los vínculos que pudieran enlazar á otro con las instituciones políticas ó civiles, no obedeciendo mas que al monarca que le paga; y hé aquí la razon de que destronado el príncipe, el ejército preste con tanta facilidad obediencia al que lo reemplaza. Lo que antecede no significa que un ejército tal carezca de simpatías: los gefes militares de un rango poco elevado, por ejemplo, los sargentos en los ejércitos de Europa y parte de los tenientes y subtenientes desean una nueva revolucion en tanto que supongan haya de proporcionarles ascenso en su carrera; pero al mismo tiempo quieren que satisfecho ya el deseo, la revolucion termine por el despotismo; no así los gefes militares de mayor graduacion, que se reducen á desear estabilidad en el despotismo, bajo cuyo régimen son mas necesarios, y se prometen por consiguiente mayores consideraciones.

Así, cuando los gobiernos de un origen revolu-

cionario pierden el carácter que aquel origen les dá, y se constituyen en estables, el monarca debe hacer toda clase de esfuerzos para introducir en las instituciones militares cuantos cambios sean necesarios para que el ejército quede ligado de un modo indisoluble al nuevo sistema. Si no tuviese la capacidad necesaria para verificar los cambios mencionados, dejase de hacerlos por negligencia, ó finalmente, si encontrase demasiadas dificultades, la nacion se encontrará falta de una de sus principales garantías de seguridad.

Para que una nacion llegue á tener buenos cuadros, interesados en la conservacion del orden político y social, no hay medio mas poderoso que la adopcion de un buen sistema de ascensos; pero para lograrlo se necesita que las cualidades del soldado, en lo que toca á lo militar, no hayan sido alteradas, circunstancia sumamente difícil de conseguir. Con efecto, teniendo en cuenta las dificultades muchas veces insuperables que son resultados de las cuestiones unidas de administracion y organizacion del ejército, se adquirirá la persuasion de que el sistema de ascensos mejor, militarmente considerado, careceria de esta cualidad, examinado bajo el punto de vista político así como bajo el pecuniario; debiendo por lo tanto contentarse el legislador con llenar á medias el objeto en atencion á la imposibilidad de hacerlo completamente.

Nada añadiré á los principios generales que he establecido; mas haré observar que cuando los estados mantienen relaciones políticas mútuas, la influencia que ejercen unos sobre otros por medio de intrigas, alianzas, intervenciones secretas ó manifestas, y finalmente, por temor de tales intervenciones, son otros tantos obstáculos que impiden á aquellos principios dar el fruto que debieran, causando algunas veces efectos contrarios á los que prometian: y la precision en que muchas veces están ciertas naciones de mantener ejércitos permanentes demasiado grandes para con ellos hallarse en posicion de resistir á sus vecinos, suele en bastantes ocasiones producir los mismos efectos.

Tal es la situacion de los estados grandes y pequeños de Europa; sus relaciones políticas se hallan hasta cierto punto determinadas por el *derecho de gentes*; únicamente los estados grandes son independientes, por cuya razon pueden sufrir revoluciones, aunque no siempre sin que los demás estados influyan mas ó menos sobre los resultados y consecuencias de estas revoluciones. Respecto á los estados pequeños, solo les es dado sostenerse con el apoyo ó los celos de los grandes que recíprocamente se

oponen á su invasion ; y solo deben temer las revoluciones cuando se encuentren dentro de la esfera de accion de algun gran estado, presa tambien de la revolucion ; porque si estallara en cualquiera otra

circunstancia , pronto la reprimiria la intervencion de un vecino poderoso (Filosofia de la guerra, traducida por D. J. P. de Rozas).

OBJETO DE LA GUERRA.

Primeros ejércitos. — Los griegos. — Gimnasios militares. — Los cartagineses. — Los romanos. — Nueva ordenanza de estos. — Inundacion bárbara del Norte. — El arte de la guerra queda reducido á la impetuosidad y ferocidad. — Carlomagno. — Superioridad de sus conocimientos militares. — Siglos XI y XII. — Escelencia de la infanteria suiza. — Tropas regulares y permanentes. — Edad media. — Siglo XIV. — Maquiavelo contribuyó á la restauracion militar. — Aplicacion de los principios de los antiguos. — Las guerras de Napoleon hacen progresar de una manera grandiosa todos los ramos del arte militar. — Castrometacion. — Cualidades requeridas en los militares. — Influencia de sus estudios. — Combinacion de otras varias ciencias con el arte de la guerra. — La rapidez de los ascensos militares exige adelantos en los estudios. — Saber é inteligencia de varios grandes capitanes.

«El objeto de la guerra, dice Montesquieu (1), es la victoria, el de la victoria la conquista y el de la conquista la conservacion ;» por consiguiente, siendo sin duda la buena calidad de las tropas una de las causas principales de las victorias, haciendo abstraccion de toda idea de invasion, podemos decir sin equivocarnos que la seguridad de las instituciones, tanto como el bienestar de los Estados, depende ya de la perfeccion del arte militar.

Los primeros ejércitos, formados de una multitud confusa é indisciplinada, se batian sin método y sin arte. Hasta Homero, el historiador de la guerra de Troya, las tradiciones solo presentan congeturas acerca del estado del arte de la guerra.

Los griegos fueron los primeros que sobresalieron en el empleo de la fuerza moral en dicho arte, y en ocuparse de los elementos de la táctica, y respecto al arte militar tuvieron siempre una prevision admirable. Esparta y la mayor parte de las repúblicas tenian gimnasios militares donde iban

diariamente los jóvenes desde la edad de doce años, para acostumbrarse á los varios ejercicios que la profesion de las armas imponia en aquel tiempo, así como á recibir lecciones de geometría y de táctica, sobre lo que los lacedemonios hubieron escrito. Mucho tiempo antes de la expedicion de Alejandro en Asia, las lecciones de un profesor griego habian ilustrado á Ciro en el arte de la guerra, bajo cuyo reinado descollaron en Persia las primeras luces de la ciencia militar.

Despues que el lacedemonio Xantipo venció á Régulo y salvó á Cartago, los cartagineses se apresuraron á adquirir unos conocimientos que les habian libertado del yugo enemigo, y trataron de imitar á los griegos sin que tuviesen idea para perfeccionar en nada su ordenanza, puesto que las campañas de Annibal, si bien nos presentan una grande estension en las operaciones y un sublime empleo de las estratagemas, sin embargo, no vemos en ellas ningun adelanto con respecto á la disciplina y á la táctica.

Mientras tanto los romanos, que habian conocido las prácticas de los griegos por medio de los toscanos y de Tarquino, oriundo de Corinto, poco satisfechos con lo que sabian, trataron de aprovecharse,

(1) Esprit des lois.

no solo de las luces de sus predecesores, sino tambien de sus equivocaciones, y crearon una nueva ordenanza, que si no era mejor, tenia al menos la ventaja de ser mas ajustada á su constitucion política y á sus miras particulares; sin embargo, nada indica que los romanos tuviesen gimnasios militares antes del tiempo de sus emperadores.

Tulio Hostilio, uno de sus primeros soberanos, fué el que empezó á arreglar la milicia y las leyes de aquel pueblo ambicioso y guerrero, que aprovechándose siempre de las luces y de las faltas de todos los tiempos, y adoptando las armas y los usos hasta de las mismas naciones que vencian, siempre que les parecian preferibles á las suyas, llegó á adquirir por mucho tiempo una superioridad sobre los demás pueblos en toda clase de ciencias y artes, y por consiguiente en el de la guerra, con el que llegaron á destruir la libertad de los demás pueblos haciéndoles sus tributarios y esclavos, hasta que la pérdida de las virtudes militares, tan necesarias á la existencia de los estados, pudo traer consigo la destruccion de todo el imperio romano.

Compuestos ya los ejércitos romanos de tropas mercenarias, extranjeras la mayor parte, enervados con los vicios, desmoralizados y reducidos, dignos instrumentos de los caprichos del gefe del imperio, que frecuentemente era victima del furor de sus soldados, las naciones bárbaras y feroces que antes habian vencido, los vencieron á su vez despues de varias tentativas de invasion, y derribaron por fin un coloso que ya no tenia de grande mas que el nombre. Estas naciones rudas y agrestes, guiadas únicamente por su valor y por la sed del pillage, inundaron el grande imperio, marcando sus conquistas con el asesinato, el incendio y toda clase de barbaries. Los desgraciados habitantes fueron destrozados ó reducidos á la esclavitud, siendo pocos los que lograron escapar a tantos horrores, ocultándose en los bosques y en las montañas. Establecidos el gobierno, las leyes y las costumbres salvajes sobre los despojos y las sábias leyes de los romanos, toda la Europa quedó sumergida en la barbarie. Bien pronto en medio del caos, del trastorno de la sociedad y del aniquilamiento de la civilizacion, no se apercibió ya vestigio alguno de tantas artes y ciencias que habian hecho la gloria de la Grecia y el poder de Roma, y por lo tanto el arte de la guerra volvió á quedar reducido á la sola impetuosidad y ferocidad de aquella multitud de salvajes que debia sus victorias á la ignorancia, debilidad y cobardia de sus contrarios.

La grandeza de las conquistas de Carlomagno

volvió á anunciar que los conocimientos militares de aquel grande hombre eran superiores á las de su siglo, y sus ejércitos demostraron una organizacion que aventajaba en mucho á la de los otros soberanos.

A la época del siglo XI al XII vemos ya remontar mas el estado de la milicia europea, en el modo de hacer la guerra bajo el gobierno feudal que los bárbaros habian impuesto á la Europa despues de haber destruido el imperio romano.

Posteriormente los suizos, cansados del yugo de los alemanes, tomaron las armas para conquistar su libertad. La casa de Austria para someterles mandó un ejército, cuya fuerza consistia en caballeria, segun era uso en aquellos tiempos. Aquellos montañeses, no teniendo caballos en su pais, ni dinero para proporcionárselos del extranjero, tuvieron necesidad de dar una importancia á la infanteria que no habia tenido hasta entonces, y los resultados de este adelanto en la guerra, que por otra parte no podian dejar de ser favorables á los suizos por estar conforme con la naturaleza del pais y la clase de guerra que podian sostener, llenaron de admiracion á los caballeros alemanes habituados á despreciar á los infantes como á viles instrumentos casi inútiles en campaña. Despues casi todos los soberanos de Europa quisieron tener á su sueldo cuerpos de infanteria suiza, como arma superior á las demás. Otros encontraron mas fácil, mas cómodo y menos costoso el armar y disciplinar á sus propios súbditos como los suizos: mas tarde los alemanes, los españoles y despues los franceses, formaron cuerpos de piqueros, que con el favor del tiempo llegaron á demostrar que la principal fuerza de la infanteria consiste en el orden y en la disciplina, y restablecieron la opinion de la superioridad de esta arma.

Poco á poco se fué despojando á los señores feudales de la especie de soberanía que ejercian con sus tropas, se reunieron sus pequeños ejércitos en uno solo, y se les acostumbró á no obedecer mas que á un solo soberano.

La necesidad de ejercitar las tropas en tiempo de paz para cuando llegase la guerra, hizo que poco á poco se fuesen desterrando de los ejércitos las bandadas de paisanos ignorantes, reclutados tumultuosamente en el momento en que se necesitaban, y se les sustituyesen tropas regulares y permanentes, soldadas y mantenidas por el principe, y prontas siempre á marchar por su servicio. De aquí las *lanzas completas* y los *francos arqueros*, entendiéndose por lanza completa en la caballeria un hombre de armas ó *gendarme*, que debia ser gentil-

hombre ó hidalgo armado de todas piezas, cubierto de hierro él y su caballo de campaña, con otros dos caballos, uno de regalo y otro para el equipage; su escudero, tres arqueros y un page. Los francos arqueros eran una infantería, mitad armada de picas y mitad con arcs, siguiendo la idea de los antiguos de dividir la infantería en ligera y pesada.

Unos ejércitos subsistentes tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, debían dar por razon natural una gran ventaja sobre los demás al principio que los sostenía, lo que obligó á todos á hacer otro tanto; y por consiguiente, pronto se vieron en toda Europa ejércitos regulares, que desde luego se acostumbraron los pueblos á mirar como el solo sosten de los estados.

Sin embargo, hasta fines del siglo XIV puede decirse que no se sacaron enteramente del olvido las instituciones que habian proporcionado en la guerra tantos hechos gloriosos á los griegos y á los romanos. Debilitado el entusiasmo caballeresco de la edad media, por todas partes se vió salir de sus ruinas á la antigüedad militar, y esta nueva direccion dejó de ser un movimiento retrógrado, produjo la táctica moderna. Los antiguos fueron estudiados, y se trataba únicamente de imitarlos. Las máximas y preceptos de Onosander y de Vegecio empezaban á hacer furor, y cuando el fraile Róger Bacon adivinó la detonación del azufre, carbon y nitro, y Bartoldo Schwartz, dándonos los primeros resultados de este terrible descubrimiento, dejó entre los mortales nuevos medios de destruccion.

Maquiavelo, tan célebre por sus aforismos políticos, fué uno de los que mas contribuyeron á la restauracion militar. El descubrimiento de la pólvora al principio no habia producido ninguna mudanza notable en las prácticas de los tiempos pasados: el método antiguo conservó por mucho tiempo algunos partidarios, y el caballero Folard en sus comentarios sobre Polibio, combatió en favor de las armas antiguas y de la antigua táctica con mucho mas talento y ardor que justicia. El mismo mariscal de Saxe pareció echaba menos la *falange erizada de picas*. Sin embargo, la esperiencia, maestra de los hombres, ha hecho triunfar el nuevo sistema bosquejado desde que se empezó á hacer uso del descubrimiento de la pólvora, y mejorado de una á otra época hasta nuestros dias.

Colligny, Enrique IV, y despues de ellos Gustavo y Nassau, fueron los primeros que aplicaron los principios de los antiguos á las armas que se usaban en su tiempo. Rohan, Turena, Montecuu-

culi y varios otros siguieron sus máximas. Sus compañeros aumentaron la consideracion naciente de la infantería, y si no perfeccionaron la táctica, dieron al menos mas amplitud á las combinaciones é hicieron sobresalir mas la influencia del terreno y de las nuevas armas.

En tiempo de Luis XIV se perfeccionaron mas las armas de fuego grandes y pequeñas, se armó á toda la infantería con el fusil-bayoneta, se ensayó una nueva táctica en armonia con las armas de fuego, y finalmente, el ingenio de Vauvan inventó el arte de rendir las plazas de guerra por medio de la artillería y de la zapa.

Federico II en el curso de sus guerras hizo igualmente grandes progresos en el nuevo sistema, enseñó á la infantería á maniobrar con orden y precision, á pasar del orden de columna al de batalla con prontitud, á marchar unidos, á ejecutar fuégos terribles por su viveza é intensidad y á saber despreciar las cargas de la caballería; en una palabra, la infantería llegó á ser en sus manos, lo que debia ser, la *fuerza principal de los ejércitos*; y la caballería, hasta entonces demasiado numerosa por lo que debe desempeñar en la guerra, fué reducida en proporcion á la fuerza de las demás armas. La táctica fué obra de Federico, asi como un siglo antes la *poliorcética*, ó sea el método de ataque y defensa de las plazas, lo habia sido de Vauvan. Estos dos grandes hombres, aunque con diferentes trabajos, han dado una extraordinaria preponderancia al arte militar.

Ultimamente vinieron las guerras de la revolucion francesa, estas guerras que desencadenando todas las pasiones, pusieron en pugna á todos los pueblos y ensangrentaron durante un cuarto de siglo á la Europa entera; si bien en cambio pusieron á hombres de grandes talentos sobre la escena de los combates. Un capitán para siempre célebre por sus victorias, vino á sentarse gloriosamente al lado del rey de Prusia y á dejarle quizás atrás; sin embargo, la gloria del uno no empañó en nada la del otro; pues que Napoleon lejos de cambiar el método de Federico no hizo mas que aplicarlo y entenderlo.

Sus guerras, tan fértiles en sucesos extraordinarios, han hecho progresar de una manera grandiosa todos los ramos del arte militar; y sobre todo han perfeccionado el grande arte de las batallas.

Si en otros tiempos las guerras fueron tan frecuentes como en el siglo XIX, sus resultados jamás habian sido ni tan grandes ni tan peligrosos para la felicidad de los pueblos. Unos trastornos nunca

vistos, inesplicables, nada menos que coronas perdidas ó conquistadas, fueron mas de una vez la consecuencia de una pérdida ó de una victoria; así es que el arte que nos enseña el ganar batallas ha adquirido, como era natural, una importancia que no habia tenido jamás.

Tal vez no han sido mas hombres de guerra Napoleón que César, Annibal que Federico, Turena que Scipion Africanó; todos tuvieron igualmente el genio de los combates; todos supieron aprovechar con maestría los medios de que tenían conocimiento; todos fueron activos, emprendedores, valientes y ambiciosos; todos supieron concebir con serenidad, ejecutar con ardor, escoger con habilidad las posiciones, marchar con rapidez, combatir con audacia; todos fueron diestros en explotar el corazón humano y en poner en acción los instrumentos de sus triunfos. Sin embargo, el tiempo y el genio del primero, como igualmente las meditaciones de los guerreros que le han seguido, aumentaron el número de los descubrimientos; al paso que la aplicación de los principios innovados ha hecho inútiles á los que habían servido de base.

En pocos ramos del arte militar han sido estos descubrimientos ni tan frecuentes ni tan numerosos como en la táctica. La formación de las tropas, sus ordenanzas, sus evoluciones y su acción aplicada según las ventajas del terreno, son otras tantas esferas vastas en las que la imaginación humana se ha esplayado, y que han llegado á ser otras tantas minas inagotables para el explotador atento y reflexivo. La estrategia se presenta aun con mas magnificencia quizás.

Perfeccionada la organización y la táctica de las tres armas principales, infantería, caballería y artillería, aprendido en seguida el modo de aprovecharse de sus propiedades y el de emplearlas en el momento oportuno, es como el militar marchará con paso firme y seguro por este laberinto de combinaciones, cuyas dificultades han sido tan bien desentrevadas durante las guerras modernas, y en particular las sostenidas por Napoleón, á quien se debe en gran parte esta gloria. A él es á quien las tres armas mencionadas deben su elevación, como tambien el desenlace de las fuerzas inherentes á la naturaleza de cada una de ellas. Este sabio militar, echando una mirada perspicaz sobre los defectos que antes de entonces existieron en la organización y en la táctica de diferentes armas, cuyos errores demostrados por la historia suplió su falta de experiencia, tan atrevido en sus conceptos como fecundo en sus producciones, se pareció á los

metéoros bienhechores, que á las veces son terribles en su esencia, pero bien favorables por sus efectos, porque dilatan el aire cargado de las partes heterogéneas y le vuelven toda su pureza. Enemigo de las ideas minuciosas, que se parecen á los adornos de un edificio sin solidez, consideró la naturaleza y las propiedades de las tres armas, y sacrificó el agradable aspecto de un ejército compuesto de petimetres, á la utilidad de poseer unas falanges que por su sabia organización y buenas cualidades fueran invencibles, proporcionasen la seguridad de su país y señalaran siempre el camino de la victoria. A su genio atrevido y emprendedor debemos generalmente la regeneración del arte militar, como nos lo prueba la campaña de 1796 en Italia, en donde vemos que sus vastos conocimientos habian ya abrazado la dilatada esfera de las nuevas combinaciones antes de entrar en ella; así le vemos traspasar con intrepidez los límites que muchos generales antecesores suyos habian respetado por el temor de estraviarse si traslimitaban instituciones antiguas que tenían por inviolables. «Todo ejército de mas de 50,000 hombres, decia Turena, es incómodo por el que le manda y por los que le componen;» y no obstante Napoleón manejó con sucesos inauditos unas masas cuádruples, séstuples y hasta décuples á las que el héroe del siglo XVII habia designado como el máximo de las que se pueden poner en campaña.

Entre los diversos ramos que abraza la carrera de las armas no es el menos importante la *Castrametación* ó arte de campar esclusivo, antiguamente como el de fortificación, del cuerpo de ingenieros y que tan enlazado va en la actualidad con las funciones del cuerpo del estado mayor general, cuyo establecimiento, descuidado por tanto tiempo en España, puede llevar el sello de la perfección si se quiere escoger la parte útil de todos los sistemas que sobre este particular han puesto en planta las naciones mas espermentadas en la guerra, sobre lo que nos entenderemos de una manera conveniente y á nuestro entender necesaria.

Muchas obras excelentes y voluminosas se han escrito sobre las diferentes partes de la guerra, lo que hace que además de la imposibilidad en que se hallan los militares de proporcionárselas, algunos miren como no fijado todavía su verdadero sistema. Por otro lado muchos están en la idea de que el arte militar es puramente práctico y que para nada sirve el estudio; mientras que otros claman por libros y mas libros como condición indispensable para ser buenos militares. Los dos extremos son malos, porque